

DIOS ES MISERICORDIA

SALMO 144: "EL SEÑOR ES CLEMENTE Y MISERICORDIOSO, LENTO A LA CÓLERA Y RICO EN PIEDAD.

La palabra "misericordia" es un compuesto de dos conceptos, "miser" y "cordis", por lo que viene a expresar etimológicamente "la miseria del corazón", "el corazón humilde". Frente a los corazones de los engreídos, de los poderosos, de los orgullosos, de los tiranos, de los arrogantes... el que es de corazón humilde se muestra compasivo, pronto al perdón, se inclina a la búsqueda de la reconciliación, a la cancelación de las deudas, a la vivencia de la piedad; una piedad que no es solo un sentimiento sino que es llevada a la práctica como un hábito, como una actitud permanente e irrenunciable para quien vive con un corazón humilde. Por eso, la misericordia no es compatible con el odio, con el rencor, con el resentimiento. El que es misericordioso sabe perdonar las ofensas porque sabe que tiene más valor la persona, el individuo como criatura de Dios llamado permanentemente a la conversión, que cualquier ofensa que haya podido recibir de él.

El propio salmo 144 prosigue más abajo: El Señor es fiel a sus palabras, bondadoso en todas sus acciones. El Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan. Es decir, relaciona la misericordia de Dios, a la que es un canto todo ese salmo, con la fidelidad, con la bondad, con la ayuda de la firmeza hacia los que se doblan, con el sostenimiento hacia los que van a caer. La misericordia tiene que ver con el hecho de ofrecer una nueva oportunidad, de no considerar definitivo aquello que se ha quebrado, con el intento de sostener a quien cae antes de que toque el suelo. La misericordia salva al otro, aunque haya fallado, aunque se manifieste como pecador. La misericordia siempre va más allá del castigo, de la amenaza, de la sanción. La misericordia se manifiesta en la clemencia: El Señor es clemente y misericordioso. Y la clemencia supera el pecado y abre una nueva posibilidad de conversión al pecador porque le ayuda a vivir sin el peso de las cargas. En este sentido, la misericordia se manifiesta en las medidas de gracia, aquellas que evitan la humillación impuesta sobre el pecador para que pague por sus errores. El sentido de la gracia, de la misericordia, es no renunciar a la esperanza de que quien ha errado pueda enmendar su error, pueda cambiar, convertirse, transformarse aprendiendo de la bondad que ha recibido y que no exige verse humillado ante sí mismo, ante otro, ante la comunidad, ante la sociedad. A lo largo de la historia, el perdón y la vivencia de la gracia han producido un gran número de santos. Esta es la experiencia de la Iglesia y también la de muchas personas que lo han vivido. La clemencia no solo es medicina contra el mal sino también semillero de santidad. Porque hay personas que no son misericordiosas porque nadie antes lo ha sido con ellas; sencillamente, no conocen la misericordia. Cuando se sienten perdonados, cuando conocen la misericordia, entonces la pueden practicar; la pueden aplicar, primero, a sí mismos, puesto que hay muchas personas

que son inmisericordes consigo mismas y por eso lo son con los demás. Cuando han probado la misericordia, cuando la han aprendido para mirarse con misericordia a ellos mismos, entonces la pueden aplicar a otros. La misericordia se convierte, entonces, en camino para la santidad. Así, vemos la gran importancia que tiene reconocer en nosotros mismos la misericordia con que Dios nos trata. Para conocer la misericordia hay que tomar conciencia de que Dios nos trata con ella, nos perdona.

¿Acaso la misericordia (un corazón humilde) y todas sus consecuencias no proceden del Amor? Dios es amor nos dice 1Jn 4, 8 y también en otros lugares. Dios es Misericordia porque Dios es Amor. Todas las consecuencias del amor se dan en Dios y las vuelca sobre aquellos a los que ama: nosotros. El Amor hace a Dios ser misericordioso. Todos los conceptos que hemos relacionado con la misericordia nacen y proceden del amor; son manifestación de la realidad amorosa que es Dios. Por extensión, el ser humano, imagen de Dios, participa de su propio ser por la Creación. Tiene, en parte, las cualidades de su Creador puesto que él es su molde, su paradigma. Es cierto que el hombre está corrompido por el pecado y eso puede ahogar en él la capacidad de asemejarse en la práctica a su Padre Creador. Sin embargo, las cualidades de bondad, de amor, de clemencia y misericordia, que proceden de la acción creadora de Dios, están en él y son verdaderos potenciales que en algún momento pueden aflorar. Si es verdad que el hombre puede ser tan corrupto como para vivir de espaldas a Dios y traicionar su amor y su misericordia, no es menos cierto que posee todo el potencial para poder reaccionar en un momento dado. Mejor si reacciona cuanto antes, pero Dios no lo rechaza si la reacción se da en el último momento de su vida. La promesa del paraíso al buen ladrón es un vivo ejemplo de ello. Todo ese colectivo se puede ver reflejado en la parábola de los viñadores, que reciben el mismo salario aunque se hayan incorporado a la viña a última hora del día.

Por último, Jesús se refiere a la misericordia de Dios cuando nos habla de que hace salir su sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos (Mt 5, 45). Ciertamente, Jesús es la imagen genuina del Padre. El Dios que Jesús nos muestra no es un Dios severo, rigorista que aplica sin piedad su castigo sobre los malvados. Jesús nos muestra el verdadero rostro de Dios; de un Dios que es Amor, de un Dios que es Misericordia. Por pura misericordia se encarnó en María Virgen, nació como cualquiera de nosotros y entregó su vida en la cruz. Jesús, su vida aquí en este mundo, su misión, su muerte y resurrección son genuinas manifestaciones del rostro misericordioso de Dios, que, solo por amor, por puro amor, sale en nuestra búsqueda, nos salva y nos da la vida eterna.

seculorum.es. A. D. MMXVI Año de la Misericordia